

Miguel Ángel Rapela

NUBE NEGRA

Una novela



A Beatriz

A Elizabet, Laura y Florencia

A Valentina, Simón, Ignacio, Alfonso y Delfina

A Carlos W. y Carmen

A mamá y papá

1.

Evaristo López presentía algo que no llegaba identificar. Lo ignoraba, pero su “mundo”, al igual que el de millones de otras personas, estaba a punto de sucumbir.

La calle de tierra que señalaba el rumbo inequívoco hacia la frontera dormía desde hacía cien años. Sin embargo, en algún momento, pensó Evaristo, seguramente la asfaltarán y todo será diferente. Miró la senda polvorienta y las veredas, que casi no diferenciaban sus límites de los de aquella, y alzó los ojos hacia la costa fronteriza. El río Bermejo, doscientos metros más adelante y ligeramente hacia abajo, reflejaba los primeros rayos de un nuevo día abrasador que lo aguardaba.

Era el 1 de abril. Por suerte, se dijo Evaristo, el calor va a bajar un poco si se nubla.

Como siempre, desde siempre, todo estaba tranquilo aquí, bajo la casi única sombra de los bananeros y los naranjales que rodeaban el olvidado pueblo. Solo se oía el chillido intermitente de los loros y algún aullido de perros en celo. Evaristo le había tomado un gran cariño a la infranqueable selva y no faltaba atardecer en el que no detuviese su vista por eternos minutos, tratando de ver más allá de la espesura. Le daba mucha pena contemplar a esos escasos turistas ávidos de cruzar la frontera para comprar un televisor importado o unas botellas de whisky a precios irrisorios y que jamás se detenían a admirar su selva.

Unos pasos más abajo, al final de la calle principal, el puesto de gendarmería simulaba controlar el paso fronterizo. El día apenas había comenzado, y una pequeña bruma ocultaba parte de la superficie del río. Los gendarmes miraban cada tanto hacia el río, buscando a algún

despistado contrabandista falto de información. Evaristo a menudo se preguntaba, riendo entre dientes, si alguna vez habían atrapado a alguien en el paso custodiado.

La niebla y el surrealista paisaje le hicieron pensar, como casi todos los días durante los últimos diez meses, en Ismael y en aquella mañana lluviosa de junio de 1981. El tiempo transcurrido no le había hecho olvidar su figura recortada contra la montaña mientras esperaba el único transporte que lo llevaría hacia Orán, para después entrar al servicio militar. Todavía podía ver los aindiados ojos negros y la cara lampiña de Ismael mientras se abrazaban y se separaban en el olvidado pueblo de Aguas Blancas. Había sido una separación triste y silenciosa que simbolizaba una parte de la historia cíclica de Argentina y sus desventuras eternas. Ismael había aceptado con tranquilidad el destino que le mandaba la ley, mientras que varios de sus amigos decidían en cambio cruzar el río a la espera de una prescripción que siempre llegaba. Evaristo creía que Ismael estaba equivocado, pero ahora, solía pensar, orgulloso, en su hijo uniformado.

Durante muchas semanas que luego se hicieron meses, creyó que Ismael había desaparecido. Después recibió algunas cartas; por último, una postal con la foto del equipo de Boca que, para no escapar de la lógica que enmaraña el destino de esas provincias norteñas, había llegado a mediados de enero, y en la que mandaba un lejano saludo y besos para fin de año desde un lugar que Evaristo nunca había oído nombrar, pero que imaginó al sur, muy al sur de donde él estaba.

—Don Evaristo —había comenzado a decir el gendarme de la guardia, mostrando su fila diezmada de dientes marrones maltratados por el tabaco y el descuido—, parece que la cosa con Chile se está poniendo otra vez jodida. Es un secreto que me dijo el capitán y que no se lo puedo decir a nadie, pero están movilizando a algunos regimientos. —El gendarme se detuvo como para darle más importancia a su trascendente confidencia—. ¿Tiene alguna noticia del pibe? No sabemos lo que está pasando, pero nos han prohibido todos los francos hasta nueva orden de arriba.

No sabía ni una palabra, pensó, y no contestó, Evaristo. Seguro que no pasa nada, siempre es lo mismo.

—¿Sabe, Evaristo, lo que nos han mandado? —había preguntado el gendarme sin esperar, francamente, que a Evaristo le interesara, en realidad, una respuesta.

El gendarme le había mostrado al ahora un poco más sorprendido Evaristo unas hojas con los nombres y direcciones de todos los habitantes de Aguas Blancas, incluyendo, en dos apartados especiales, a los de nacionalidad boliviana y a todos los que tuvieran algún familiar en el servicio militar. Allí, encabezando una página que no tenía más de dos nombres, estaba el suyo: Evaristo López.

—Cuando tenga cualquier noticia del pibe me avisa —dijo el gendarme—. Acá en la guardia todos nos acordamos de Isma, como le decían desde chico, y nos gustaría saber cómo anda. De paso —bajó la voz de forma innecesaria ya que estaban los dos solos—, téngame informado de cualquier cosa rara que hagan los bolitas. Sé que esto no le gusta, Don Evaristo, pero haga lo posible.

—Los bolitas son más mansos que los bagres —respondió Evaristo—. No son inteligentes, ni rápidos, ni vivos, ni nada. Solo tienen una paciencia que dura hasta la puta madre. La única contra es que ellos saben todo de nosotros, y nosotros no sabemos casi nada de ellos. Pero me parece, de cualquier forma, que esto es al pedo.

Evaristo no había querido ofender al pobre gendarme, pero durante unos segundos algo así como una pared invisible los había separado. En esas tardes en que el calor no dejaba ni respirar, Evaristo había hecho cuentas de que, si contrabandeaba un televisor por semana, en dos años, descontando las coimas a los gendarmes y a las coyitas buchonas, podría comprarse un autito viejo para ir hasta Orán a llevar sus cosas y no depender de otros. ¡Y ahora quieren que les haga de milico! —se dijo a sí mismo, con rabia y sin mirar a los ojos al gendarme.

¡Los bolitas junto a los chilenos! ¡Están locos!, pensó Evaristo, pero calló, con esa sapiencia natural que dan los años. Los bolivianos y los chilenos no se pueden ni ver, pero, quién sabe, se imaginó, a lo mejor los dos contra Argentina nos pasan por arriba.

2.

El sol, que ya había abandonado Aguas Blancas, brillaba aún en las paredes calientes de las casas cuando Evaristo López se alejó lentamente de la costa y emprendió su regreso a las poco más de cuatro paredes que formaban su única propiedad.

—¿Muy duro el día, patrón? —le preguntó burlonamente Teresa cuando lo vio acercarse dando la vuelta por el baldío de la esquina—. Va a tener que arremangarse porque se tapó el baño otra vez, y el perro anda chapoteando en medio de la mierda.

—El problema no es el baño, sino las porquerías que le tirás dentro —sentenció Evaristo con más resignación que enojo—. Aunque te lo arregle inmediatamente, dentro de una semana va a pasar lo mismo, y el mes que viene igual, y así hasta que se venga de nuevo la Navidad.

—No se preocupe, patrón —le contestó Teresa con una sonrisa que delataba que nada la molestaba menos que los malos humores de su esposo—, siempre hay algún árbol cerca a disposición.

Evaristo se quedó pensando si sería cierto o si, como se imaginaba, el problema estaba exagerado y era cosa de tirar unos baldazos de agua para que el asunto se arreglara.

A la noche todo estaba en su lugar y Evaristo miraba las estrellas sentado en el fondo de tierra de su casa, en una de las tres únicas sillas de la casa, como quien busca explicaciones en la nada. No estaba bien de ánimo, pero no podía encontrarle una razón. Teresa lo había visto muchas veces en ese estado y sabía que nada lo sacaba de su silencio.

Prendió la radio más para escuchar algún ruido que apagara el silencio de sus respiraciones que para oír alguna noticia. De cualquier

manera, pensó Evaristo, nada parecía haber cambiado ni en los últimos días, ni en los últimos años, ni en toda su vida. Una sola cosa era distinta: el presentimiento de algo indefinible, pero inquietante, lo seguía acompañando como esa mañana.

Rodeado de estrellas, Evaristo recordó a Ismael como una ausencia verdadera. En realidad, era la primera vez que le pasaba, pero no logró entender si su angustia era por el hijo alejado o por otra razón que se le escapaba. De cualquier manera, reflexionó, el servicio militar ya debe estar por terminar y cualquier día de estos, lo tenemos aquí dando vueltas sin nada que hacer, como siempre.

3.

La primera claridad de la mañana lo encontró a Evaristo con el mismo sabor amargo de la noche anterior. Salió al fondo mientras su perro le hacía las fiestas de rigor y de paso prendió nuevamente la radio.

Hoy va a hacer más calor que ayer, se dijo, mientras presionaba la vieja bomba de agua para refrescarse. Recién en ese momento, prestó atención a que el comentarista radial estaba más excitado que de costumbre: “los argentinos hemos recuperado nuestras islas perdidas”, repetía una y otra vez de mil formas diferentes y con un tono cada vez más alto.

Apenas se convenció de que era verdad lo que estaba escuchando, Evaristo giró sobre los talones y entró a la casa para contarle a su esposa la noticia. Sin embargo, algo lo detuvo. Volvió sobre sus pasos y hasta el perro se sorprendió por su actitud. Pensó en Ismael, en su largo silencio de los últimos meses y en la charla del día anterior con los gendarmes. Después entró y se vistió sin que Teresa lo notara. Salió a la calle y emprendió el trayecto de todos sus días.

Era el 2 de abril de 1982. Ese día cumplía cincuenta años y ahora entendía el porqué de sus malos presentimientos.

4.

Jonás Rodríguez de Gomerá, el canoso secretario general de las Naciones Unidas, de pie y frente a su escritorio, buscaba la pequeña fra-nela para limpiar sus anteojos mientras meditaba en la mala suerte que le había tocado. Ni siquiera había llegado a cumplir cinco meses en su codiciado puesto y ya estaba envuelto en un problema internacional de una envergadura del tipo que lo hacía de imprevisible final. Argentinos de mierda, pensó, pero con una rabiosa amargura por el gran cariño que tenía hacia este pueblo desde muy chico. ¡Se quieren enfrentar a los ingleses, a Estados Unidos y a la OTAN!

Muchas veces —y más en las últimas horas—, se había preguntado si un hombre de su nacionalidad estaría a la altura de las circunstancias. Que fuera venezolano les era indiferente a casi todos los que lo rodeaban, pero ahora bajo las nuevas circunstancias podría ser molesto para algunos. ¿O solo estaba tratando de justificar ese sentimiento de invitado al banquete por la puerta de atrás, miedo injustificado de quien tenía todos los merecimientos para esa posición?

Oyó que el indicador electrónico de llamada avisaba que alguien deseaba verlo y oprimió el botón verde sobre el marco de su escritorio. Laura, su secretaria desde hacía muchos más años de los que deseaba recordar, entró a la oficina. La mirada de Laura era casi de condolencia hacia su jefe, quien se veía envuelto o, mejor dicho, abrazado por un conflicto insignificante para casi todos los países del mundo, menos, justamente, para los dos en pugna, aunque por distintas razones.

—¿Hay alguna novedad, Laura? —preguntó. Rodríguez de Gomerá sabía de memoria que ninguna novedad, seguramente, sería de su agrado.

—Acaba de llegar un télex de Argentina. Según parece, se están reuniendo multitudes en la Plaza de Mayo, en apoyo del general Thileri. Algunas estimaciones dicen que para la tarde habrá entre un millón y un millón y medio de personas a la espera de la palabra del presidente—. Laura se detuvo para luego agregar tímidamente —Hay otras noticias, pero no son mejores que esta. Todo indica que Thileri les va a decir que enfrentará a los ingleses y que no les va a importar a él, ni al gobierno, ni al pueblo todos los muertos que, por cierto, habrá hasta derrotarlos. Pero —agregó ya casi inaudible—, seguramente, los términos en que va a decir esto serán bastante más duros.

—Era previsible la bravuconada y, de cualquier manera, ya era tarde para arrepentirse. Esto es como una locomotora lanzada a toda velocidad por un camino en pendiente. ¿Quién la va a detener? Todos suponíamos que el problema de las Falk..., de las Malvinas, digo —ya vería en el futuro cómo se las arreglaba cuando participase en conversaciones con personas neutrales, como Laura—, se tenía que resolver, aunque no pensaba que esta debía ser la forma de encontrar una salida.

Rodríguez de Gomerá se había acercado a una de las paredes de pulcro y exquisito empaquetado y miraba una foto lejana de él y su familia en una calle de Caracas. No estaba nervioso y mucho menos aparentaba estarlo. La nostalgia por la época en que cualquier problema parecía estar totalmente alejado lo rozó como una leve brisa costera del barrio de Chacao. Hasta se sonrió pensando que en aquellos años soñaba con el puesto que ahora había alcanzado y se imaginaba arreglando un conflicto internacional de consecuencias catastróficas. Su intervención —justa, apropiada y con todos los condimentos de aquellas hazañas “churchilianas” de la Segunda Guerra Mundial— salvaba al mundo del desastre. La siguiente imagen era de sí mismo al recibir el premio Nobel por sus servicios a la humanidad.

—El canciller argentino debe estar por llegar —le disparó Laura, como para hacer volver al secretario general de un profundo sueño—. Todos los papeles que solicitó se los dejo sobre su escritorio.

Rodríguez de Gomerá se sentó y hojeó la primera carilla del informe. Se imaginó a un grupo de soldados argentinos que, a miles de kilómetros de distancia, tiritaba de frío a la espera de volver cuanto antes a casa. Los vio con claridad, vestidos en sus uniformes de fajina aptos para hacer un

servicio militar de rutina en los alrededores de Buenos Aires, pero insertables en la turba siempre húmeda y congelada de Malvinas. Adivinó sus pensamientos y hasta pudo escuchar sus conversaciones. Elevándose por encima del ensordecedor ruido de los transportes Hércules, los escuchó hablar de sus novias, de sus padres y del campeonato mundial de fútbol que ya estaba por comenzar.